

AQUEL ADIOS A NERUDA

AQUEL día, cuando nos disponíamos a visitarlo en la clínica, recibimos la noticia: Neruda había muerto.

Hacía frío, y todavía flotaba en el aire una neblina matinal cuando llegamos a su casa de Santiago, en la calle Marqués de la Plata. La calle pequeña, olvidada, refugio ideal para un poeta, se desprende de otra, igualmente pintoresca, llena de árboles de un intenso color rojizo que en plena primavera austral dan una impresión de otoño. Marqués de la Plata termina en una pared, en la que hay un mural de colores vivos; pintado por gentes de la Unidad Popular, es el único mural de la izquierda que no ha sido borrado en Santiago. Frente a la casa del poeta, un letrero: NERU-

DA, LA JUVENTUD TE SALUDA.

—¿Don Pablo?

La pregunta era absurda, pero la mujer que estaba en la puerta la tomó de manera natural.

—Está arriba —dijo.

El patio de entrada se veía inundado. Las piezas de la prime-

vidrios: crujían bajo la suela del zapato. Dos mujeres removían cautelosamente los escombros. Una de ellas se volvió hacia nosotros:

—La destruyeron —dijo simplemente.

Nos inclinamos para recoger

—Eran fotos y cartas de don Pablo —dijo la mujer.

Trozos de papel, escritos en una caligrafía menuda e íntima y mordidos en los bordes por el fuego, aparecían aquí y allá, desperdidos.

—No esperaron siquiera a que hublera muerto —dijo la mujer—. Vinieron hace dos días.

—¿Dónde lo tienen?

—Allí.

Señaló una casa pequeña, semejante a un palomar, que se alzaba en lo alto del jardín. Se subía a ella por una empinada escalera. Al abrir la puerta, nos encontramos delante del féretro, en un cuarto helado y sin luces, donde sólo había media docena de personas.

Aquel féretro gris, sin pompa, sin cirios, sin coronas, colocado

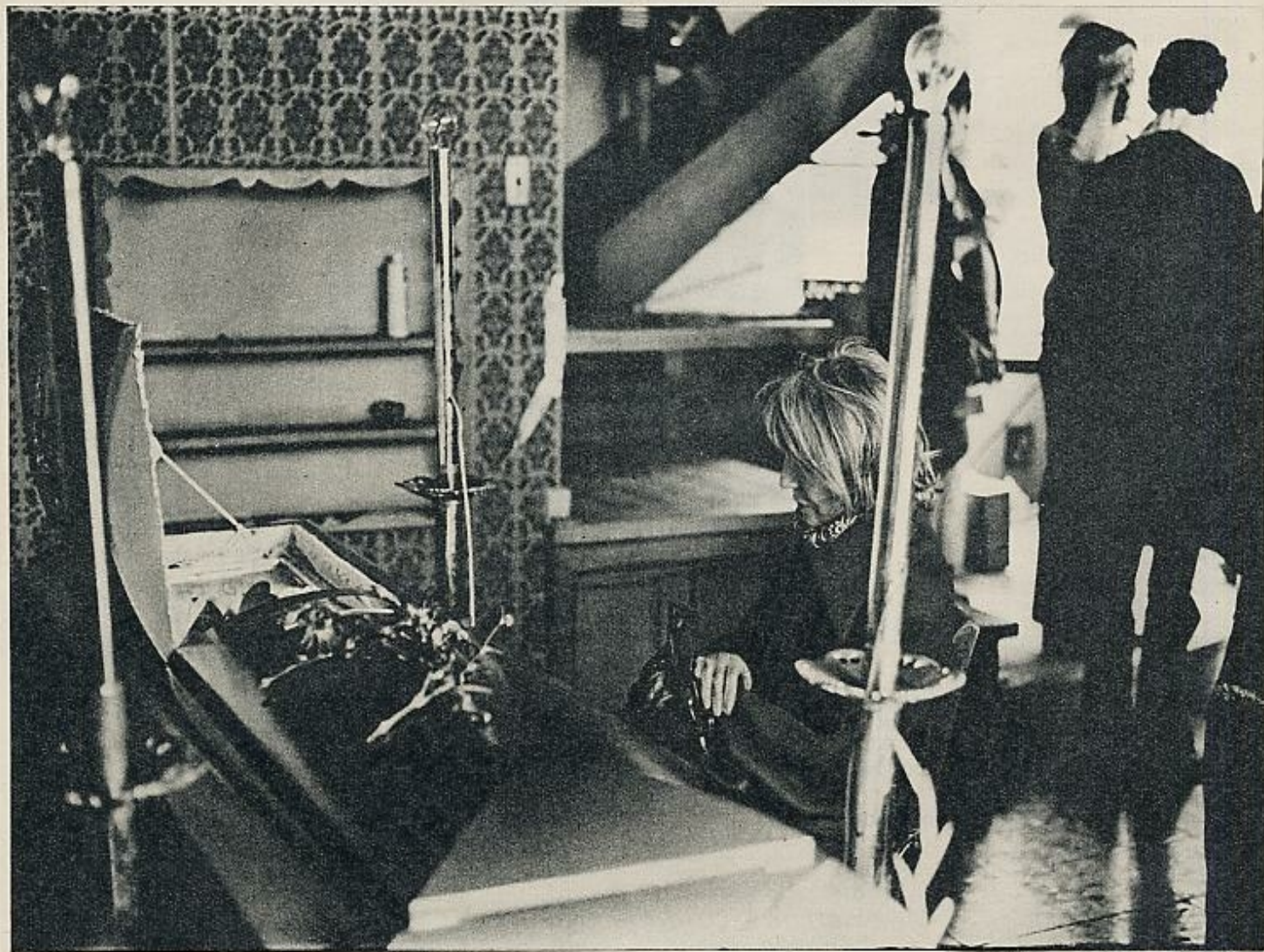
PLINIO APULEYO MENDOZA

FOTOS: FINA TORRES

ra planta, también, por un agua oscura que fluía de alguna parte. Al otro lado del patio, en un nivel más alto, un jardín húmedo, lleno de escombros: papeles, libros quemados, vidrios, muchos

una foto sucia de barro. Era muy antigua: tres hombres y una mujer, vestidos a la moda de los años 30, sentados en medio de la nieve. Parecían reír felices ante el fotógrafo.

Bajo el cristal, la cara de Neruda parecía reducida, irreal. Lo humano en aquel momento no era su cara, sino la camisa de cuadros que llevaba abierta en el cuello y el «saco» de tweed... La esposa de Neruda estaba sentada junto al féretro, sola.





AQUEL ADIOS A NERUDA

en un extremo de la pieza y adornado sólo con dos rosas blancas que parecían cortadas de prisa, daba una sensación de soledad. Bajo el cristal, descansando sobre un raso, la cara de Neruda parecía reducida, irreal. Lo humano en aquel momento no era su cara, sino la camisa de cuadros que llevaba abierta en el cuello y el saco en «tweed»: una indumentaria deportiva que hacía pensar en plácidos domingos en Isla Negra o en mañanas primaverales en París, una ciudad que Neruda amó y que abandonó para siempre hace un año.

La esposa de Neruda estaba sentada junto al féretro, sola. A Matilde Urrutia la habíamos conocido incidentalmente dos años atrás en Barcelona, en casa de García Márquez. Nada en aquel verano hacía temer por la vida del poeta. Ni por Chile. La mujer rubia que entonces hablaba con animación mientras se enfriaban en la nevera botellas de vino blanco esperando la llegada de Neruda, permanecía ahora inmóvil y sin llorar al pie del ataúd, en un

cuarto sembrado de escombros. La casa había sido requisada y saqueada. Al ser desvaídas las aguas de un canal, la planta baja se había inundado. No había luz eléctrica. Las ventanas estaban rotas. Rotas también las lámparas, rotas en alícos las cerámicas, quemados los libros y desaparecidos los cuadros, una colección de primitivos que Neruda había reunido a lo largo de su vida. Aquella noche, la viuda habría de velar el cadáver del poeta en una casa a oscuras, en el silencio de la ciudad petrificada por el toque de queda, y con el frío de la cordillera colándose por los huecos de los ventanales destrozados.

Ahora, en pleno día, la ciudad seguía viviendo una calma tensa. Tanquetas erizadas de soldados circulaban con lentitud por las calles. A causa de la situación, pocos amigos de Neruda, en su mayoría miembros de la Unidad Popular, se habían atrevido a venir. Estaban Laura, su hermana, y algunos parientes, hablando en voz baja en un rincón. Bien entrada la mañana empezaron a llegar periodistas provistos de cámaras filmadoras y algunos personajes: Radomiro Tomić, el líder social-cristiano, y el embajador de Suecia. La Embajada de Francia envió una corona con una tarjeta expresiva: «Nos duele

Chile». Alguien apareció con una bandera chilena, que fue colocada sobre el féretro. En aquel momento, la viuda de Neruda se levantó de la silla donde había permanecido toda la mañana y salió al jardín. Buscó un rincón apartado. Luego, apoyando la cara contra el tronco de un sauce, lloró en silencio, lejos de las cámaras filmadoras.

Encontramos en el jardín a un escritor amigo. Alto y con un aire jovial pese a sus cabellos blancos, había sido encargado por Matilde Urrutia de llevar a término los trámites de la funeraria. Buscaba un auto. Le ofrecimos llevarlo en el taxi que habíamos dejado en la puerta.

Mientras avanzábamos hacia el centro de la ciudad por calles grises, llenas de frío, nos contaba cómo se había descartado la idea de llevar el cadáver de Neruda a México. «La idea fue sugerida por algunos amigos esta mañana. Según ellos, sería una manera de expresar una protesta, un rechazo al actual estado de cosas. Pero Matilde no estuvo de acuerdo. Podía ser mal interpretado por el pueblo chileno».

Abrió la mano y nos enseñó una llave:

—Es para la tumba de Pablo.

El mausoleo donde sería sepultado el cuerpo del poeta pertenecía a los familiares de un famoso

dirigente del fútbol chileno, Carlos Dittborn. Sepultura provisional: más tarde sus restos serían llevados a Isla Negra, para respetar una voluntad expresada por Neruda.

Frente a la funeraria, una mujer limpiaba con agua y jabón lettereros del MIR. Lo hacía enérgicamente, frotando una y otra vez el muro. Pero el letterero, rebelde, se negaba a desaparecer.

El empleado que nos atendió en la funeraria llenó las planillas con una minuciosa aplicación burocrática.

—¿Nombre del fallecido?

—Pablo Neruda.

—¿Padres?

—José del Carmen Reyes y Rosa Basoalto.

Etcétera.

Al cabo de un detallado registro, no todo estaba en regla. Faltaba la cédula del poeta y el certificado de defunción. (Lo obtendríamos más tarde: Neruda había fallecido a consecuencia de un cáncer en la próstata, y no de un infarto, como se dijo.)

Finalmente, una última pregunta: ¿Cuántas carrozas?

Nuestro amigo no sabía:

—Tratándose de don Pablo, deberían ser dos —sugirió el empleado—. Supongo que habrá muchas coronas.

—En condiciones normales deberían ser más: siete, diez carro-

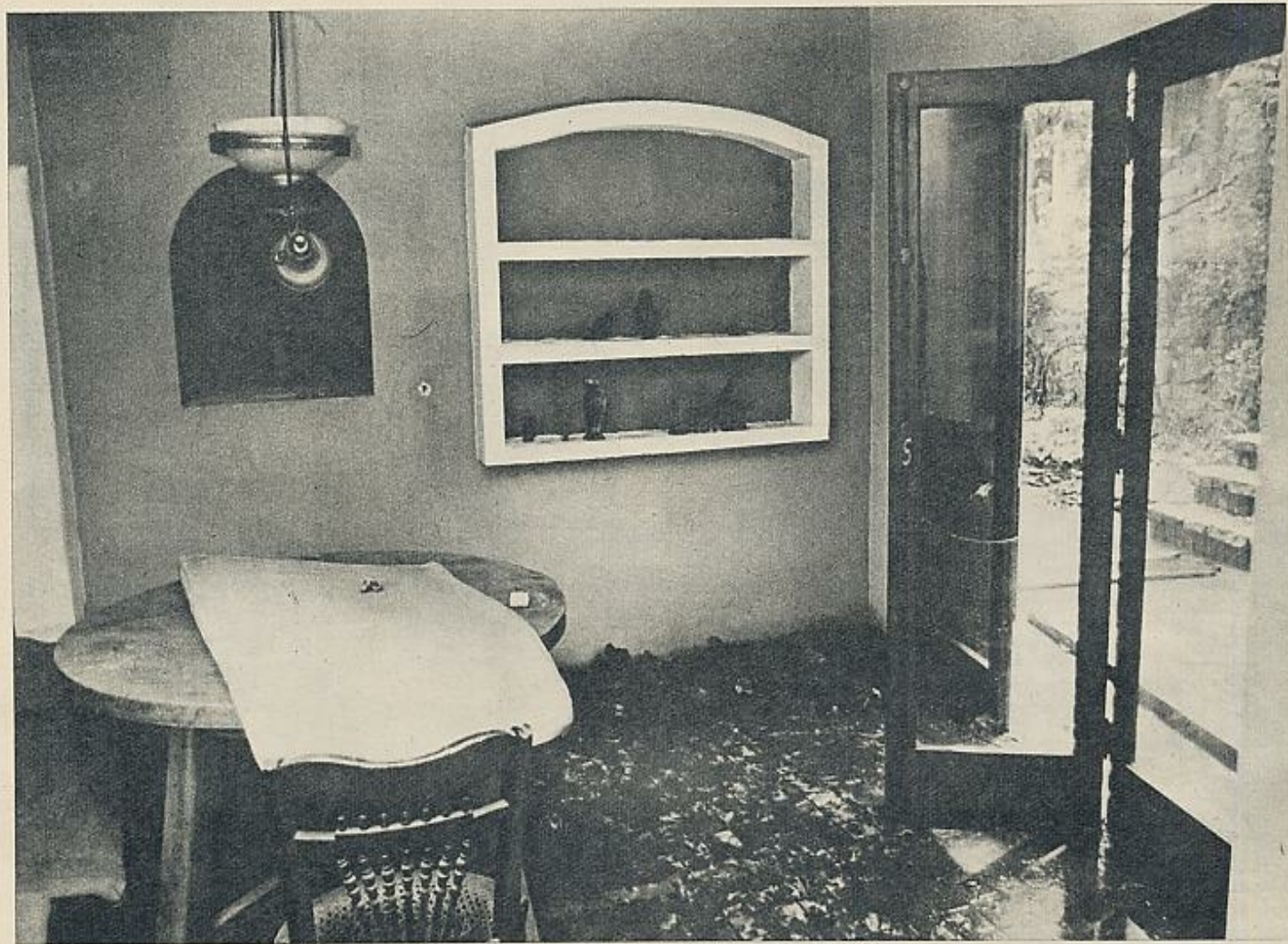
Los niños miraban el féretro a su paso.





La viuda del poeta, Matilde Urrutia, durante el funeral. Abajo, libros de Neruda que no llegaron a ser destruidos durante el saqueo de la casa, ocurrido dos días antes. Fueron rescatados por una empleada.





El comedor de la residencia de Neruda aparece destruido.

AQUEL ADIOS A NERUDA

zas, qué sé yo —dijo el amigo de Neruda—. Pero me temo que en las actuales circunstancias basta una sola.

Su tono era ligeramente amargo. El amigo de Neruda no sabía en aquel momento si debía o no esconderse, si sería o no detenido. Aquella noche había recibido por teléfono la noticia de la muerte del poeta cuando se hallaba en su apartamento, entregado a una faena dispendiosa: estaba quemando su biblioteca, llena de libros marxistas, en previsión de una requisita. Los libros habían terminado de arder en la chimenea del salón cuando empezaba a amanecer.

—¿Habrà gente en el entierro mañana?

—Difícil saberlo, dada la situación.

Dada la situación había más gente de lo previsto: unas trescientas personas, contando periodistas y fotógrafos europeos.

El sol apenas calentaba. Había en el aire algo que sugería aún el olor, el color del invierno austral. Cubierto con la bandera chilena, el féretro fue transportado a tra-

vés del jardín lleno de agua hasta la carroza funeraria, que aguardaba en la puerta. Cuando el cortejo iba a iniciar su marcha, en un ambiente donde llegaba a percibirse el miedo de aquellos días, estalló en la calle un grito anónimo:

—Camarada Pablo Neruda.

Algunas voces contestaron:

—Presente.

El grito se repitió dos veces con la misma réplica. Luego, la voz anónima cortó con un rotundo:

—Ahora y siempre.

Y el cortejo inició su marcha, de nuevo en silencio y muy despacio.

No hay mucha distancia de la casa de Neruda al cementerio general: dos kilómetros a lo sumo. En el clima que vivía la ciudad, intensamente patrullada por el Ejército, aquel fue un recorrido lento y cargado de tensión. Había gente en algunas puertas y ventanas, gente que miraba pasar el féretro sin decir nada.

Al llegar delante de la alta y abovedada puerta del cementerio, el féretro fue descendido de la carroza funeraria y depositado sobre una tarima rodante. El grupo, a medida que avanzaba, fue haciéndose más denso. De pronto, alrededor del ataúd, se alzó el rumor sordo de un canto. Parecía un zumbido de abejas. En la acústica de la galería, las voces

se hicieron más decididas, más firmes. Cantaban «La Internacional».

Detrás, en la plazuela que se abre delante del cementerio, se escuchaban las sirenas de los vehículos militares. Soldados, metrallata en mano, saltaban de los camiones. Pero la multitud seguía cantando.

Soplaba un viento glacial entre los cipreses llenos de polvo, mientras el cortejo avanzaba.

Frente al mausoleo de la familia Dittborn se produjo un silencio, alterado apenas por el zumbido de las cámaras filmadoras. El mismo silencio se mantuvo mientras se pronunciaba, sin ayuda de altavoces, los discursos de tres escritores y una mujer. Pálido, con una hoja de cuaderno escolar temblándole en las manos, un estudiante leyó un poema de adiós a Neruda, escrito aquella mañana. Era un bellissimo poema.

Cuando el ataúd iba a ser introducido en el nicho, en medio de una lluvia de flores, estalló de nuevo el grito a Neruda.

Y de repente, otro intempestivo:

—Compañero Salvador Allende.

Era la primera vez que el nombre de Allende era gritado en Santiago después de su muerte.

Un coro inmenso contestó:

—Presente.

Luego, el saludo fue para Víctor Jara, un cantante chileno fusilado una semana atrás en el Estadio Nacional. Su esposa, una inglesa alta y rubia que se encontraba junto al féretro, estalló en sollozos. Cuatro días antes, acompañada por el embajador británico, había descubierto el cadáver de su esposo en la morgue, en medio de doscientos muertos.

De pronto, el funeral de Neruda se había convertido en un mitin político. «Primer acto público de oposición», titularía el diario francés «Le Monde». El acto fue, de todas maneras, muy breve. Apenas quedó clausurado el nicho que guardaba los restos de Neruda, se produjo de nuevo un silencio hecho de desconcierto y tensión. Seguían escuchándose fuera las sirenas de los autos militares. La multitud empezó a dispersarse con prisa en todas direcciones.

Cuando salimos, a pocos metros de la entrada, encontramos un grupo de mujeres vestidas de negro llorando. No lloraban por Neruda. Eran esposas de dirigentes obreros que habían muerto fusilados. Acababan de reconocer los cadáveres de sus maridos en la morgue y tenían en las manos recientes certificados de defunción dados por las autoridades militares. Lloraban a pocos metros de los camiones del Ejército.

■ P. A. M.

INEDITO DE NERUDA

CARTA A LOS POETAS ESPAÑOLES

Estando yo en París, en diciembre de 1957, conocí a Neruda. Hablamos mucho. De España, de poesía, de los poetas españoles. De España sobre todo. Con su voz grave y lenta, como una miel que cayera gota a gota, me habló Pablo Neruda del amor que siempre había sentido por España y por sus hermanos los poetas españoles. Pero un dolor terco, tan profundo como su amor, lo mantenía entonces, física y espiritualmente, alejado de ella, vuelto de espaldas, sordo y mudo a todo lo que de España procediera. Hablamos mucho. Le hice saber muchas cosas. Discutimos de los poetas españoles: los de siempre, los de antes y los del momento. Le conmovió al fin. El amor se impuso, y al despedirnos me entregó una carta dirigida a los poetas españoles, una carta generosa y bella para todos sus amigos de España, una verdadera carta de amor que todo español puede leer como si fuera su destinatario.

ANGELA FIGUERA AYMERICH

París 27 de setiembre 1957

Queridos poetas españoles, aquí me tienen muy cerca de la tierra española y lleno de sufrimientos por no verla y tocarla. Soy un desterrado especial, vivo soñando con España, con la grande y la mínima, la del mapa y la de las callejuelas, soñando con todo el amor que entre vosotros dejé, un desterrado que sólo puede acercarse al aire que perdió. Cuántas veces, de noche, el avión que me conducía lejos, sobrevoló

2
nuestra tierra, y yo, aco-
jado traté de descifrar las
luces que como luciérnagas, hi-
claban allí abajo. Eran casas
perdidas, pueblos sumergidos,
montes oscuros, y tal vez rostros
amados que no volví a
ver. Mi corazón, allí arriba,
volando, sintió de nuevo
la tierra magnética y se llenó
de lágrimas.

Poetas españoles, nos
ha separado un frío cruel,
y años pesados como siglos.
Nosotros, poetas americanos
queremos renovar la fraterni-
dad y la continuidad de
nuestra paralela poesía.

3
Hemos sido separados por
errores propios y ajenos, por
profundos dolores, por un
silencio imposible. La poesía
debe volver a unírnos. La
poesía debe reconstruir los
vínculos rotos, reestable-
cer la amistad y elevar
universalmente nuestro
canto.

Tal es nuestra tarea.
A ella me daré entre mis
pueblos. Vosotros diréis
nuestra palabra. Y habremos
dado así un primer paso
que no por tardío será menos
fecundo.

Va en este papel mi
afecto fraternal y mi confianza
en la poesía y en el honor de los
poetas. *P. Neruda*

París, 27 de setiembre
de 1957.

Queridos poetas
españoles,
aquí me tienen
muy cerca de la tierra
española y lleno
de sufrimientos por no verla
y tocarla. Soy un desterrado
especial, vivo soñando
con España, con la grande
y la mínima, la del mapa
y la de las callejuelas,
soñando con todo el amor
que entre vosotros dejé,
un desterrado que sólo puede
acercarse al aire
que perdió. Cuántas veces,
de noche, el avión
que me conducía lejos,
sobrevoló vuestra tierra,
y yo, aco-
jado traté
de descifrar las luces
que, como luciérnagas,
brillaban allí abajo.

Eran casas perdidas, pueblos
sumergidos, montes oscuros,
y tal vez, rostros amados
que no volveré a ver.
Mi corazón, allí arriba,
volando, sintió de nuevo
la tierra magnética
y se llenó de lágrimas.
Poetas españoles,
nos ha separado un frío cruel
y años pasados como siglos.
Nosotros, poetas americanos,
queremos renovar
la fraternidad y la continuidad
de nuestra paralela poesía.

Hemos sido separados
por errores propios y ajenos,
por profundos dolores,
por un silencio imposible.
La poesía debe volver
a unírnos. La poesía
debe reconstruir
los vínculos rotos, reestablecer
la amistad y elevar
universalmente nuestro canto.
Tal es nuestra tarea. A ella
me daré entre mis pueblos.
Vosotros diréis vuestra
palabra. Y habremos
dado así el primer paso,
que no por tardío
será menos fecundo.

Va en este papel mi afecto
fraternal y mi confianza
en la poesía
y en el honor de los poetas.

PABLO NERUDA